

OBRA

11

Tengo muchos nombres. En cada pueblo nos llaman de diferente manera .Sea una ortiga, achicoria, correhuela, hinojo o amapola, a todas nos bautizan igual: mala hierba.

A mí me conocen como diente de león: soy común y universal. Me dibujan en sus murales, soy reclamo en su ropa, me tatúan en su piel. Envidian mi libertad para volar sin alas, como un copo de nieve en primavera. Los niños me soplan y sonrían al ver mis semillas en el aire, persiguiendo los sueños de altura de los que gozo. Esos pequeños sabios inocentes estudian bien quienes somos. La pureza de su ser es hermana de la mía. Buscan nuestra presencia y contagian la ilusión a sus adultos.

Codiciáis la imagen de un campo de amapolas y jaramagos, salpicado de verdes, blancos y amarillos de margaritas y manzanillas. Somos calma para mentes agitadas. Os remueve el alma quizá, alegres, cual ave silvestre que avista un manjar. Adoráis nuestra capacidad de colorear los campos. Habéis cortejado amores ante una multitud de musas floreadas, mientras su perfume endulzó vuestras tardes de primavera. Las yemas de vuestros dedos acarician las gramíneas, en un amago de vínculo con la existencia.

Conozco anhelos de felicidad que suceden corriendo por nuestros dominios. Somos capturadas en fotografías eternas, para vuestro regocijo y ostentación, cual bandera de la plenitud vital. Aunque, es portada por mentirosos, pues sólo mostráis ansías de reconocimiento por los semejantes que os miran sin ver.

Fuimos la salvación de muchos estómagos en época de hambruna y sequía. Cuando lo decide la Tierra, sólo cabe obedecer, pues la Madre tiene sus motivos y ciclos. Incluso, en esos conflictos estériles y desquiciados, sangrientos y dolorosos que llamáis guerras, hemos salvado vidas, alimentando gentes y animales. Las comunes avenas han llenado buches de ganado y cubierto de energía sus requerimientos más básicos; luego, tu compañero de jornada se disponía a laborar tus campos o saciar tu hambre.

Valientes recolectores buscaron endrinos, y la grasilla fue el fermento de los afortunados pudientes que poseían una hembra lactando, y quisieron conservar por largo tiempo semejante tesoro de nutrición. Las desconocidas chirivías no fueron a menos, y simularon regaliz en paladares sin remilgos.

También curamos. Aliviamos infecciones y fiebres, escoriaciones y úlceras. Te hemos acunado hacia el sueño, permitiendo reparar los estragos devastadores de un virus en un cuerpo flaqueado de recursos.

En honor a su nombre, la humilde pulmonaria alivió asma y dolores de pecho, hasta tuberculosis cuando no existía otra cura. La ruda te dejó ver con claridad, y la zarza ofreció frutos y curas de intestino, a cambio del tributo de su defensa. Juan y Benito donaron sus nombres de santo a hierbas que calmaron tus enojos del ser y tus digestiones pesadas. El espliego mejoró tus martirios reumáticos y cicatrizó tus heridas, mientras perfumaba tu casa y atraía polinizadores a tu huerto.

Cuando regreses a la tierra, rodeado de raíces y microorganismos vivos, las malvas te habrán de coronar el descanso eterno, adornado de flores que calmarán tu transición a un nuevo lapso de permanencia con el todo.

Competimos, sí, no nos entiendas mal, es instinto de supervivencia: tú también lo posees, aunque creo que distorsionado. Sabemos defendernos, si bien tenemos armas que no te asustan. No presumas de confianza, porque algunas llevamos veneno suficiente para provocar, al menos, una mueca incómoda. Somos eficaces, somos resilientes, acumulamos conocimientos infinitos. Estamos aquí antes que tú y tus cultivos. Estaremos cuando tú y tus semejantes no piséis estos suelos. No necesitamos tu manejo, tu labrado ni tu agua. Somos libres por naturaleza y nacemos en cualquier lugar. Marcamos la presencia de agua y de sustrato generoso con nuestra proliferación. Somos abono de bosques y laderas cuando la savia se nos apaga. Somos alimento de otros, tanto vivos como muertos. Lo confieso, también estaremos entre tus plantas de sustento; sin embargo, con la presencia de muchas de nosotras no puede expandirse una plaga, y al final, podrás comer. Fertilizamos el hogar dónde nacemos para la prosperidad de nuestra descendencia.

Somos pequeñas o grandes, poca cosa como tú dices, pero nadie nos vence en resistencia. Puede parecer insolente, pero no lo es: es la vida, y está por encima de tus sistemas y economías.

Romperemos tu suelo asfaltado para florecer y llenar de oxígeno el aire que respiras. Protegemos al resto de criaturas que no son como tú: aves, insectos, bacterias, mamíferos, reptiles. Incluso, te protegemos a ti.

Aún así me eliminas, o al menos lo pretendes, como a la mayoría de mis hermanas. No alcanza nuestro entendimiento tanto rencor. Has olvidado que la convivencia de los seres es garantía de posteridad.

Otros humanos te han engañado. Sí, eres víctima de un engaño, un ingenuo. Te convencieron de que éramos todo alevosía, impertinentes hierbas sin derecho de estar. Ladronas de salud y agua en tus hortalizas, un estorbo a eliminar. Te vendieron venenos, para acabar con nosotras. En riberas y caminos, en bordes de carretera, allí dónde damos color y vida en el gris que has impuesto: también allí somos tu objetivo. Y tú, con esa capacidad craneal que te caracteriza, que te identifica como ser humano, les creíste, sin dudar. Nos has matado por dónde has vertido tu pecado de jerarquía. Este sitio no te pertenece, es compartido, recuérdalo. El labrador tradicional no nos daña, sino que nos esparce, sabe convivir, aunque nos maldiga. Sin embargo, el sistema hostil nos mata a todos, con sus herbicidas pestilentes, acumulados ya en el manantial de agua más pura y en las placentas de las mujeres. Te vendieron veneno para aniquilarnos, y finalmente, te lo estás bebiendo sin querer.

Disfrutas de más sinapsis que cualquier otro ser, mientras el sentido común lo estás dejando apolillado con olor a cajón viejo. Cualquiera diría que has tomado infusión de adormideras y tu capacidad de pensar está mermada.

El jardín que os parece abandonado está lleno de vida. La montaña contaminada se renueva con nosotras. Los montes nucleares donde todo fue muerte, ahora es vida de malas hierbas. Colonizamos la uralita y casi la embellecemos. Enterramos el plástico y otras formas de vida lo descomponen.

Sin altanería, te lo cuento: debes reconocer hemos llegado más lejos que tú. Nos limitamos a vivir en el máximo sentido de la palabra.

Competimos, sí, como todos, en permanente equidad. No generamos dolor, ni destrucción, ni daño, ni muerte, salvo nuestra legítima defensa. Permítenos que dudemos de que tu afirmación pueda ser la misma.

Has cambiado la Tierra, el clima, la orografía y el color de los mares. Mandas basura al espacio y al viento. Has extinguido especies a mayor celeridad que cualquier volcán carboniza un monte y genera colinas. Amplias tus vertederos sin saber dónde estará el límite mañana. Dejas a tus semejantes perecer en el mar, cuando huyen del hambre y la miseria, tras expoliar antes sus riquezas.

No sientes pudor al generar guerras en pro de la conquista de nuevos negocios, pues el mercado manda con una batuta muy cínica. No sé si puedo exigirte que me mires de otra manera, si miras así a tus congéneres.

Andáis sometidos al yugo del dinero y la apariencia. Arrasáis lo que no os genera beneficio. El primer mundo queda a la orden de la comodidad de no pensar, no moverse, no molestarse, no sentir frío ni calor. Has monetizado la propia existencia, y todo lo valoras en billetes y cifras que yo no entiendo.

Ahora dime, ¿soy yo la mala hierba?

Sin embargo, guardo un poderoso secreto dentro de mí, más fuerte que todas mis espinas y tus venenos. Cuento con tenaces aliados.

Algunos de tus semejantes reconocen nuestra relevancia, tanto, que hasta le han puesto nombre: biodiversidad. Claman al raciocinio de los humanos por un cambio drástico de la deriva que lleva tu civilización. Ellos perseveran en gritar con nosotras el auxilio de la Tierra. Sí, puedo escucharlo: algo está cambiando. Pronto serán multitud y el escándalo será ignorarlos, pues sus argumentos aplastarán tus impugnativas discusiones.

Mis protectores de futuro son tus hijos. Los miro con esperanza renovada. Ellos siempre saben quiénes somos. La erosionada herencia que les dejas será tomada como un preciado regalo. Nos protegerán, nos cuidarán, estudiarán nuestros ciclos y capacidades. No sólo a nosotras, sino a cualquier forma de existir. Serán escudo contra la soberbia de las últimas décadas. Ni tan siquiera serás testigo de reproches, aunque sí de enmiendas a tu desoladora e irrespetuosa filosofía de vivir. Los hijos de tus hijos volverán a soplar mis semillas y volarán en sueños con ellas. Volveremos a curarte el asma, la vista, el desasosiego y la sangre. Olvidarás que en un lejano pasado fuiste necesitado de antenas para conectar con la Madre Naturaleza. Recordarás que eres parte y no dueño, que es tu hogar y no tu feudo.

Anhelamos hablarte sin palabras, con semillas, con sonidos inteligibles sólo para oídos adecuados. Queremos que vibres y admires el milagro de la consciencia de existir. No te abrumes, es sencillo: despréndete, decrece, vive, convive.

Nosotras no entendemos de tu orgullo herido, ni de tus negocios, ni nos interesa.

Somos hierbas sin maldad.

Nosotras siempre servimos.

Nosotras tenemos todo el tiempo del mundo.